

capitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas; siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de Indios nadadores, que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeandose á

Hacen prisionero á Francisco de Guzman.

socorrerle con el suyo el Capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su quartel herido, y poco menos que derrotado, sin hallar recompensa en el des-

Quarenta Españoles prisioneros.

trozo que recibieron los Mexicanos. Pasaron de quarenta los Españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos. Perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil Tlascaltécas: y apenas hubo Español que no saliese maltratado. Pérdida verdaderamente

Trabajo de Cortés en disimular su pérdida.

grande: cuyas conseqüencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon, por no descubrir entonces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inexcusable pension de los que gobiernan exércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

## CAPITULO XXIII.

*CELEBRAN LOS MEXICANOS SU victoria con el sacrificio de los Españoles. Aterroriza Guatimozín á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al exército en mayor número, y se resuelve tomar puestos dentro de la ciudad.*

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar las puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios, y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fue la pérdida menor, aunque llegarían á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas: sobre los quales hacen la cuenta los que dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacán.

Entradas de Sandoval y Alvarado.

Perdieron veinte Españoles.

El Tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprehendió con severidad, dexandole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que me-

Alderete conoce su yerro.

Suspende Cortés la guerra ofensiva. recia. Fue preciso alzar por entonces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio, y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Juan Catalan curó los heridos. Pero se descubrió entonces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Catalán, que sin otra medicina que un poco de aceyte, y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas, que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los psalmos. Habilidad, ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exâmen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la suggestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice que fue una muger Española (que se llamaba Isabel Rodriguez) la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma

sin concurso del demonio.

el tropezar con estas discordancias de los Autores, no todas se deben apurar: porque siendo cierta la obra, importa poco, á la verdad, la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los Mexicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Vieronse aquella noche desde los quarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes: y en el mayor (dedicado al dios de la guerra) se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de menos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos: cuyos corazones palpitantes (llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu) dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los soldados á decir que percibian las voces, y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto, y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lagrimas, ni dexar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Aplauden su victoria los Mexicanos.

Sacrificio de los Españoles.

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber apla-